GALERÍA DRAMÁTICA

DE

MANUEL P. DELGADO

LANUZA



OFICINAS
COLUMELA, 15, 1.º
MADRID

LANUZA

LANUZA

DRAMA

en tres actos y en verso

ORIGINAL DE

Don Luis Mariano de Larra

Estrenado con extraordinario éxito en el TEATRO DE VARIEDADES
la noche del 21 de Octubre de 1854

CUARTA EDICIÓN

MADRID
R. Velasco, imp., Marqués de Santa Ana, 11
TELÉFONO NÚMERO 551
1905

A Eduardo de Inza

su amigo de la infaucia; le ofrece esta corta prueba de su cariño,

El Autor.

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
DOÑA ELVIRA................	Doña	Matilde Duclós.
SOL...........................		Carolina Duclós.
LANUZA......	Don	Manuel Ossorio.
DON MARTÍN..................		José Calvo.
GIL DE MESA		Antonio Alverá.
EL MARQUÉS DE ALMENARA.		Blas Sáinz.
CARCELERO..........		Jorge Pardiñas.
UN HOMBRE DEL PUEBLO...	Sr.	Porres.
UN EMBOZADO...............		Medina.

Embozados, hombres del pueblo de Aragón y acompañamiento

La escena es en Zaragoza el año 1545

ACTO PRIMERO

El teatro representa una casa de modesta apariencia.—Muebles de la época. Sillones de baqueta. Mesas de nogal sin tapete con relojes encima. Espejos antiguos.—Puerta grande al fondo que figura dar al exterior, y dos laterales. Ventana á la derecha en segundo término.

ESCENA PRIMERA

DON MARTÍN y EL MARQUÉS DE ALMENARA, aparecen sentados en medio de la escena. El Marqués dice sus primeros versos levantándose, y don Martín le imita al empezar también los suyos

MARQ. Y esto vine á preveniros
por lo que importaros pueda.
(Levantándose.)

MART. Razones que no convencen (Idem.)
son, Almenara, las vuestras...
ni pretendo adivinarlas,
ni he de cansarme en saberlas.
Desde que el rey don Felipe
os envió á nuestra tierra,
todo el Aragón os odia,
si toda Castilla os tiembla...
(Señal de impaciencia en el Marqués.)
—Dejadme acabar.—Soy viejo
y pasé mi vida entera
mandando á mi corazón
que no atajara mi lengua.

Descendiente de una raza,
que trescientos años cuenta,
heredé de mis mayores
el título que hoy me pesa,
que á no ser mis canas tantas
menos mis temores fueran.
Como Justicia mayor
todo Aragón me respeta,
y obrando dentro la ley,
y la libertad con ella,
del rey abajo, ninguno
sufro que mandarme pueda.
Marqués, Aragón es libre:
sus fueros, sus preeminencias
con la sangre de sus hijos
las ha conquistado enteras.
Vos por el rey enviado
quereis acabar con ellas;
mas sabed que mientras viva
un aragonés siquiera,
sin pasar por su cadáver
la libertad no está muerta. (Con decisión.)

MARQ. Tened en cuenta, Justicia, (Con altanería.)
que el rey, que os lo diga ordena.
Con pretexto de sus fueros
los descontentos vocean;
Zaragoza que dormía,
á la rebelión despierta;
y si vos haceis las leyes
que os rigen y que os gobiernan
sin contar con el monarca,
que es nuestro Dios en la tierra,
¡ay de Aragón y sus fueros
si á la rebelión se apresta!
Las tropas de don Felipe
van á pasar la frontera,
y al menor grito de alarma,
á la señal mas pequeña,
os juro que Zaragoza
ha de caer piedra á piedra.

MART. Dad, Marqués, vuestra palabra
de que esas tropas no llegan,
de que el rey no ha pretendido
gobernarnos por la fuerza,

de que serán respetadas
nuestras leyes, nuestras tierras,
nuestra libertad querida,
y os juro yo que no llega
á la noche, sin que todo
á quedar tranquilo vuelva.

MARQ. Yo del rey nunca respondo,
que es su voluntad excelsa,
y obedecerla me toca,
sea, don Juan, la que sea.

MART. Entonces yo no respondo
del pueblo ni sus ideas,
que el pueblo es rey de sí mismo,
y que le obedezca es fuerza.

MARQ. ¡Pues rey á rey lucharemos!

MART Dios ayudará al que venza.
Pero advertir que en lugar
de no fomentar la guerra,
mandaré que se disponga
Zaragoza á la pelea.

MARQ. Las órdenes de esa clase
se firman con la cabeza.

MART Dios y el pueblo me socorren:
si el rey puede más, que venga.

MARQ. ¡Por última vez os mando
que me presteis obediencia!

MART. Por última vez os ruego
que respeteis nuestra tierra.

MARQ. Que va á caer Zaragoza,
y vos, Justicia, con ella.

MART. Cuando el rey venga, rompiendo
sus juramentos, á verla,
le dará parte de todo,
su virey, desde una almena.

(Le saluda y se va por el foro izquierda con ademán arrogante.)

ESCENA II

EL MARQUÉS DE ALMENARA

¡Oh! ¡Yo humillaré tu orgullo,
fiera raza aragonesa!

Yo te cortaré las alas
con que libremente vuelas,
aunque fuera necesario
cortar tu vida con ellas.
Y tú, familia de hierro,
que con tal orgullo llevas
ese nombre de Lanuza
que veinte Justicias cuenta;
tú, á quien Elvira la ingrata
pertenece, tú que atentas
á mi poder, tú que quieres
mi exterminio, ¡tiembla! ¡tiembla!—
(Se asoma á la ventana.)
Nada se escucha en la plaza;
todo se ha calmado...
(Se aparta de la ventana, y al volverse ve á Elvira que sale por la primera puerta de la izquierda.)
¡Ah! ¡Es ella!

ESCENA III

EL MARQUÉS DE ALMENARA, ELVIRA. Sin ver al Marqués y encaminándose á la ventana

ELV. ¿Por qué el Justicia á la calle
sale con faz descompuesta?
¿Por qué sale con sus guardias?...
MARQ. (Adelantándose.)
Porque vos esteis sin ellas.
ELV. ¡Ah! ¡el Marqués!... (Sobrecogida.)
MARQ. El mismo, Elvira:
aquel que solo en tí piensa; (Con pasión.)
el que te ofreció mil veces
su pasión y sus riquezas;
el que disfrazado ronda
toda la noche á tus rejas;
aquel cuya mano tocas
en la pila de la iglesia;
el que á la luz de tus ojos
sin luz á sus ojos deja;
el que muere á los desdenes
de Elvira, que le desprecia.

ELV. (Con timidez.)
¡Ah! Marqués, no esas palabras
digais en mi casa mesma:
no desperdiciéis amores
que bien á las damas sientan,
en quien es para vos poco
y en quien amaros no deba.
Ya os lo dije, agradecida
á vuestro amor mi alma queda,
pero le escucho temblando
cuando á mis oídos llega.

MARQ. ¿Y por qué, Elvira, no escuchas
mis enamoradas quejas?

ELV. Porque, soy, Marqués, muy pobre.
Huérfana y sola en la tierra
me recogió desde niña
Lanuza, y locura fuera
alzar los ojos al mundo
para quedar en él ciega.
Vos sois noble y poderoso,
yo pobre, sola y doncella;
ni vos me amais, ni yo os amo.

MARQ. (Con pasión)
¡Oh! Sí, yo os amo... Yo diera
mi fortuna porque vos
admitiérais mis ofertas.
Mil veces he pretendido
borrar vuestra imagen bella
de mi alma... ¡es imposible!
De día entre mis tareas,
de noche en mis tristes sueños,
que os haya visto ó no os vea,
siempre vuestros ojos miro,
siempre vuestra mano bella...
(Quiere cogérsela.)

ELV. Marqués, ¡apartad!

MARQ. ¡Oh, nunca!
Venga todo el mundo, venga,
y será para mi amor
su indignación bien pequeña.
(Con entusiasmo.)
Mírame, Elvira

ELV. ¡Marqués,
así atropellais!...

MARQ. ¡Oh! deja
que muera á tus pies el hombre
que todo en tu amor lo encierra.
(Se arrodilla.)

ELV. ¡Mi casa hollais! (Huyendo.)

MARQ. (Levantándose y siguiéndola.)
¿Qué me importa?

ELV. ¡Salid! ¡Salid!

MARQ. ¡Loca idea!

ELV. ¡Socorro!
(En este momento aparece Lanuza por el foro izquierda.)

ESCENA IV

DICHOS y LANUZA. En cuanto se presenta queda fijo en la puerta y observa con interés á Elvira y al Marqués. La primera baja los ojos y el segundo le mira con impasible altanería

LAN. ¡Oh, cielos!... ¡Elvira!
¿qué esto? ¡El Marqués con ella!

MARQ. ¿Qué buscais aquí? (Con despecho.)

ELV. ¡Dios mío!

LAN. ¡Dejad, Marqués, que yo sea (Bajando.)
quien os pregunte! ¿Qué haceis
en mi casa?—¿No contesta
nadie aquí?—¿Qué pasa, Elvira?
¿Por qué con voz lastimera
pediste socorro?—¡Acaba!

ELV. Yo te pido que no creas (Temblando.)
nada. El Marqués me decía...
y un ruido...

LAN. Elvira, no mientas:
¿ese hombre pudo faltarte?

MARQ. ¿Y con qué derecho intenta
el que atrevido me insulta,
tomar de mis actos cuenta?...
¿Desde qué tiempo el vasallo?
á su señor se nivela?...
(Con orgullo insolente.)

LAN. ¡Desde el tiempo en que una espada
pendiente del cinto lleva

y en que la ley del honor
el atrevido atropella!

ELV. ¡Ah, Juan, por piedad!
(Interponiéndose entre ellos)

LAN. ¡Aparta!

ELV. ¡Marqués!

MARQ. ¡Dejadme! ¡Fiereza
mostrais!

LAN. Y valor sobrado
para probároslo.

MARQ. Sea.
(Llevándose la mano á la espada.)

ELV. (Se cubre el rostro con las manos.) ¡Oh!

LAN. ¡Bien, por Dios! ¡que me place!
(Sacando la espada.)

MARQ. ¡Loco de mí! Cuando sepa
por qué os hacéis defensor
de quien no busca defensa.

LAN. Elvira es de mi familia.
Mujer es, y tengo en ella
á quien ha de ser mi esposa;
y nadie á faltarla llega
sin hallarse con la punta
de ésta que hoy el paso os cierra.

MARQ. ¡Vos su esposo! Antes veremos
si os da mi poder licencia. (Con rabia.)

LAN. ¿Luego la amais? (Idem.)

ELV. (Temblando.) Juan, te juro...

MARQ. Sí, la amo; y de tal manera
que antes caerá Zaragoza
bajo mi cólera ciega,
que tolerar vuestro sueño.

LAN. Lidiad y venced por ella.

MARQ. Mozo, aprended á ser hombre,
y cuando hagais más carrera,
frente á frente y cuerpo á cuerpo
retad á quien os desprecia.

LAN. Hombre soy para mataros.

MARQ. Adiós, mancebo; y ten cuenta
de que al Marqués de Almenara
le hace falta tu cabeza.
(Se va por el foro izquierda. Lanuza quiere seguirle y Elvira se interpone. El Marqués le lanza una mirada desdeñosa y se retira.)

ESCENA V

LANUZA y ELVIRA

LAN. ¡Ira de Dios! (Queriendo seguirle.)
ELV. ¡Juan, detente!
LAN. Deja que le cierre el paso,
y el furor en que me abraso
humille su altiva frente.
ELV. ¡Ah, no, por Dios!
LAN. ¿Qué pasó?
¿Por qué socorro pedías?
A solas con él, ¿qué hacías?
(Envainando la espada.)
ELV. De sus amores me habló,
y yo, torpe por demás,
sin causa alguna grité.
Hice mal: perdóname.
LAN. ¡No, que aun temblando estás!
ELV. Miré tu espada desnuda;
ví su altanería osada,
miré una lucha empezada
y ningún hombre en tu ayuda.
LAN. Nunca la necesité,
que para lances de honor,
con el contrario mayor
yo sólo bastarme sé.
Ya lo ves tú misma, Elvira;
hombres hay que sin decoro
orgullosos con su oro,
si una pasión les inspira,
atropellan sin rubor
cuanto á su antojo se opone.
Almenara que dispone
del poder y del favor,
á todo atreverse sabe
en su insolente porfía,
y este afán, Elvira mía,
es forzoso que se acabe.
Sola estás, tu edad temprana,
y yo sin derecho estoy:
sea yo tu esposo hoy
y venga el Marqués mañana.

ELV. ¡Ah! Juan, tu padre hasta ahora,
se opuso á tu casamiento.
LAN. Dará su consentimiento
si mis razones no ignora.
ELV. Ese es, Juan, sólo mi sueño,
esa es mi sola alegría,
¡y seré feliz el día
que pueda llamarte dueño!
LAN. ¿Qué diré yo, Elvira bella,
que te amo desde la cuna?
¿Qué más dichosa fortuna
que estar contigo aún sin ella?
Esto, mi Elvira, ha de ser,
que ampararte me ha tocado,
y está expuesto, abandonado,
el honor de una mujer.
ELV. No; yo te amo y ningún hombre
podrá turbar tu reposo.
LAN. Mas yo no seré dichoso
hasta que lleves mi nombre.
ELV. ¡Alma noble y generosa,
cuánto es mi amor!
LAN. ¿Mucho?...
ELV ¡Cuánto!
LAN. Da treguas á tu quebranto.
Mañana has de ser mi esposa.

ESCENA VI

DICHOS. GIL DE MESA, por el foro izquierda. Entra, saluda á Juan dándole la mano, y al ver á Elvira se estremece ligeramente

GIL Juan... adiós; adiós, Elvira.
LAN. ¡Ven, Gil, y goza un momento
de mi dicha y mi contento...
mi loca razón delira!
Tú que en el bien y en el mal,
que tantas veces se aduna,
en buena y mala fortuna
fuiste mi amigo leal;
no más al pesar sujeto
de verme vivir sin calma

ignorarás de mi alma
el venturoso secreto.
No ya como en otros días
te ocultaré con tibieza
la causa de mi tristeza
que lo es de mis alegrías.
Gil... yo amaba con pasión,
con locura, á una mujer,
y ella me acaba de hacer
dueño de su corazón.

GIL ¡Ella! (¡Sospecha horrorosa!)

ELV. Ella te ama con locura.

GIL ¿Y quién es esa hermosura?

LAN. ¡Oh! ¡Gil, abraza á mi esposa!

GIL (¡Ah!) Bien... (¡qué es esto que siento!)

LAN. ¿No te alegras?

GIL ¡Sí, por Dios!

LAN. Nos amábamos los dos.
¿Qué tienes?

GIL Nada, el contento.
(¡Ay, de mí!) (Se apoya en un sillón.)

LAN. Yo de mi padre
apelaré á la clemencia,
y hará feliz mi existencia
Elvira, aunque no le cuadre.

(Mientras Lanuza y Elvira hablan bajo, Gil dice lo siguiente con mucha intención.)

GIL (Sal, amor desventurado,
de este pecho dolorido,
con tanta fuerza nacido,
con tanta dicha guardado:
de aquí otro mortal te lanza,
de mi esperanza á despecho;
desde hoy sólo hay en mi pecho
la tumba de mi esperanza.)
(Conteniendo su emoción.)
Juan, Elvira, sólo os digo
que la ventura os anhelo, (A ambos.)
y sabe tan sólo el cielo
si soy ó no soy tu amigo. (A Juan.)
Amor de un ángel cual vos,
y amor de un hombre como él,
si Dios mismo no es cruel
debe bendecirle Dios.

(Cambiando de voz.)
Ahora, Juan, deja un momento
esa pasión que te inspira,
y ve á acompañar á Elvira
hasta su mismo aposento.

Lan. ¿Tienes que hablarme?

Gil Al instante.
Urge el tiempo. (Con precipitación é interés.)

Elv. Aquí te queda.

Lan. Que te acompañe, no veda
hoy el amigo al amante.

Elv. ¡Adiós, Gil de Mesa!

Gil ¡Adiós!

Elv. ¡Triste está!

Lan. Su genio es.
¿Me amas?

Elv. Sí,

Lan. Venga el Marqués
de tu amor mañana en pos.
(Se van por la puerta de la derecha.)

ESCENA VII

GIL DE MESA los observa y se lleva la mano á la frente. Pausa: de pronto hace un movimiento nervioso como para desechar una idea que le atormenta y baja al proscenio

¡No más, corazón pequeño,
prestes á la envidia oído;
hace un rato que no has sido
de mi inteligencia dueño!
El fué más feliz que yo,
y yo la amaba también...
para él empieza el Edén
donde mi amor acabó.
Atrás, vil envidia, atrás;
muera desde hoy mi ventura;
huye: mi labio te jura
que en mi pecho no entrarás.
Yo como un loco la amaba
y callé con entereza... (Con amargura.)
¡Hoy mi porvenir empieza
donde mi pasado acaba!

ESCENA VIII

GIL, LANUZA, por la puerta que se fué, se acerca á Gil con interés

LAN. Héme aquí, Gil, y perdona
de un amante la impaciencia:
¿qué me quieres?
GIL ¿Nadie escucha?
LAN. Nadie... ¿Qué tienes?
GIL ¡Prudencia!
(Todo lo que sigue en voz baja, pero reconcentrada y con energía.)
Lanuza, llegó el momento
de que cumplas tu promesa.
Aragón peligra hoy mismo;
nuestros amigos esperan,
y tú les juraste un día
guiarlos á la pelea.
Del rey Felipe segundo
hay tropas en la frontera
y Almenara tiene orden
de ir á sitiarnos con ellas.
Preso se halla Antonio Pérez
que huyó del regio anatema,
y el triunfo de nuestra causa
tal vez de su mano penda.
El pueblo se agita y pide
de sus fueros la obediencia.
Todos nombran á Lanuza
y en su decisión esperan.
Yo encargado de buscarte
he sido, que hable tu lengua,
y decídase la suerte
de esta desgraciada tierra.
LAN. Yo juré de los primeros
ampararla y defenderla:
noble soy, y nunca un noble
ha faltado á sus promesas,
si su libertad peligra
sabré perecer por ella;
pero aun creo que no es tiempo,

(Con embarazo.)
y fuera inútil proeza
morir, sin lograr al menos
mudar su fortuna adversa...
(Empieza el rumor lejano.)
si el pueblo no toma parte. (Sigue.)

GIL. El pueblo entero te espera.
Mira la plaza; esa grande
(Le lleva á la ventana)
multitud que la rodea (Sigue.)
tu nombre dice en voz baja,
en tí su esperanza puesta.
Almenara á su capricho
nos persigue y nos gobierna:
el gran Justicia, tu padre,
leyes dictar puede apenas,
siendo el único nombrado
por el pueblo para hacerlas. (Crece.)
(Murmullos y voces lejanas en la plaza.)
Mira, Almenara á caballo
ya la multitud dispersa,
y esos gritos que se escuchan
anuncian la oculta guerra.
(Sigue más bajo.)
No de otro modo los mares
rugen en su seno apenas,
para anunciar que cercana
estallará la tormenta.
(Silencio.)
Resuelve.

LAN. Gil, si mi padre
es el Justicia, si ordena
que hoy á la guerra me apreste,
seré el primero en la guerra.
Soy aun muy joven, muy niño
para guiar con mi diestra
á todo un pueblo; es escasa
aun también mi inteligencia...
(Gil le mira estupefacto, hasta que Lanuza se acerca á él y le dice casi al oído lo siguiente:)
y es mi amor á Elvira tanto
que temería perderla.

GIL. Juan, en quien honrado nace
no cabe tan torpe mengua.

Siendo yo dueño de Elvira
y amándola muy de verás,
entre la Patria y Elvira
(Murmullos lejanos.)
siempre á la Patria eligiera ..

LAN. Además...

GIL. Juan de Lanuza,
¿esa es solo tu respuesta?... (Siguen.)
Porque si es esa tan solo
justo es que nadie la sepa,
que á mí mismo me daría (Vivas lejanos.)
para decirla, vergüenza.
(Voces lejanas, se asoma Lanuza.)

LAN. Gil, mi padre viene: quiero
consultarle... Una hora espera,
y llevarás á ese pueblo (Siguen los vivas.)
ó mi brazo ó mi cabeza. (Con convicción.)

GIL. Así te conozco .. Escucha...
(Siguen desde aquí los murmullos, sin interrumpir la representación.)
á tu padre victorean,
le acompañan... ¡Que su hijo
no valga menos! Ya llega.

ESCENA IX

DICHOS y DON MARTÍN por el foro izquierda, figurando hablar con los que le han acompañado

MART. Gracias, pueblo aragonés:
ten confianza y espera. (Baja.)
Adiós, Gil...

GIL. Adiós, Justicia
Queda adiós. (Se va por el foro izquierda.)

LAN. Con él te aleja.

ESCENA X

DON MARTÍN y LANUZA

LAN. ¿Padre y señor?...

MART. ¡Hijo mío!...

LAN. ¿Porqué, señor, no das tregua
(Con solicitud.)
al trabajo?... Ya tus años
calma y reposo desean.
¡Sudando la frente traes!...
¡la color mudada llevas!..
(Le ofrece una silla en medio de la escena.)

MART. Cuando la Patria, hijo mío,
nuestra firme ayuda impetra,
ni los años nos disculpan
ni las canas nos dispensan. (Se sienta.)

LAN. ¿Luego es cierto, padre mío,
lo que ha dicho Gil de Mesa?...
¿Luego la Patria peligra?...
¿Luego el pueblo á la pelea
se prepara?... Adios... yo parto.

MART. ¿Dónde, Juan?...

LAN. A mis banderas.
Hijo de Martín Lanuza,
Juan de Lanuza le hereda,
sino puede en sus virtudes
herédele en la nobleza.

MART. Aun no es tiempo. (Deteniéndole.)

LAN El pueblo aguarda

MART. Aun no es tiempo. Tú no cuentas
edad bastante.

LAN. Mi padre
colocó esta espada mesma
en mi cintura, y pues puedo
llevarla pendiente de ella,
será para darla brillo,
que no para envilecerla.

MART. ¡Oh! no, hijo mío.—Soy viejo,
solo un vastago me queda
y eres tú; tu valor usa
entonces cuando yo muera.

LAN. ¡Padre!

MART. No vayas... lo mando.

LAN Siempre obedecerte es fuerza.

MART. Aun no hay nada: si Almenara
con torpe y liviana lengua
osó amenazarme...

LAN. ¡Cómo!..

MART.. Aun no efectuó su vileza.

LAN. ¡Amenazaros!..
MART. ¡Y aquí,
en mi casa!
LAN. ¿Y lo tolera
quien se llama vuestro hijo?...
¡no por Dios!... ¡Hazaña llena
de valor, es insultar
á un anciano, á una doncella!...
¡Sí, padre, también á Elvira
se atrevió su infame lengua!...
¡La ama!
MART. ¿Qué dices?
LAN. La ama,
y aquí mismo, en mi presencia
lo confesó.—¡Miserable!...
¡Oh, padre mío! licencia
me dad, y sabré vengaros.
MART. ¡Como la ve sola y bella!...
LAN. Sola no, que á vos me llego...
para deciros... (Con emoción.)
MART. ¡Se altera (Levantándose.)
tu voz!...
LAN. Deciros... que la amo,
que ella es mi dicha suprema,
que también su amor me ha dado,
y que de vos solo espera
su ventura vuestro hijo. (Se arrodilla.)
MART. Alza, Juan, su alma es tan bella
como la tuya, y yo delo
haceros felices... Sea
(Aparece Elvira en la puerta de la derecha.)
LAN. ¡Oh, padre, padre!...
MART. Eres joven,
(Se sienta otra vez.)
pero honrado.—Pobre es ella:
hazla feliz y dichosa,
y bien á mi casa venga.
(Elvira baja al proscenio y se coloca al otro lado del sillón donde esta sentado don Martin.)

ESCENA XI

DICHOS y ELVIRA

ELV. ¡Ah!.. ¡Señor!...
MART. ¡Hijos del alma!
Los dos en mi hora postrera
consolareis al anciano
que os bendice y os estrecha
entre sus brazos.—¡Elvira!
hija de un hombre que apenas
fué tu padre, halló su tumba
por la libertad; esfuerza
el valor del hijo mío
por su patria, cuando ella
á defenderla le llame.
LAN. ¡Padre! (Se arrodilla.)
ELV. ¡Señor!... (Idem.)
MART. ¡Mi voz tiembla!
(Don Martín se levanta y tiende sus manos hasta tocar las cabezas de ambos. Elvira está á su derecha y Juan á su izquierda.)
¡Señor, que en el alto cielo
sobre un trono te sustentas
que ni arrastran vendabales
ni hacen vacilar tormentas;
tú que en átomos conviertes
generaciones enteras;
tú que razas aniquilas;
tú que los siglos numeras;
tú, que en un grano de trigo
parte de tu ser empleas;
que á los soberbios abates,
que á los humildes elevas,
lanza un rayo de ventura
sobre estas dos existencias,
y en tí vivan, mientras vivan;
y en tí cuando mueran, mueran!
Alzad... (Empieza el rumor y crece.)
LAN. Ya somos felices.
(Se levantan. Murmullos.)

MART. ¡Qué rumor!...
ELV. ¡Cielos! apenas
(Asomándose.)
se ve entre el tumulto á un hombre
que quiere entrar por la fuerza
en casa.
MART. ¡Almenara! Elvira, (Asomándose.)
retírate. (A Elvira.)
ELV. No...
MART. Ya entra. (A Lanuza.)
Idos, hijo.
LAN. No es posible:
¡yo le aguardo!
ELV. Y bien, que venga.
(Se coloca al lado de Lanuza.)

ESCENA XII

DICHOS, EL MARQUÉS DE ALMENARA agitado y con cólera reconcentrada

MARQ. Gran Justicia, vuestro sitio
(Siguen los murmullos apagados.)
no es este. ¿Por qué se altera
hoy la paz en Zarazoza?
¿por qué está la plaza llena
del populacho, en lugar
de ocuparse de sus faenas?...
En nombre de vuestro rey
os pido ahora mismo cuenta. (Murmullos.)
MART. ¡Marqués!... El pueblo se agita
porque ve la tración vuestra;
porque dicen que rasgando
los tratados, varias fuerzas
penetran en Aragón;
porque el rey juró en mi diestra
respetar nuestros derechos;
porque hoy á ellos se atenta;
porque teniendo aquí jueces,
que el pueblo nombra y respeta,
vos juzgais, y yo no mando;
vos mandais y el pueblo tiembla.
(Murmullos.)

MARQ. Lanuza, salid, y al punto
dispersad á quien vocea.
MART. El pueblo manda, y yo callo.
MARQ. Ved que apelaré á la fuerza.
MART. Hacedlo, y no me pidais
que yo salga y que los prenda.
MARQ. El rey me manda que el pueblo
á sus hogares se vuelva.
MART. El pueblo no vuelve á ellos,
mientras que perderlos tema.
MARQ. Justicia, daos á prisión. (Con cólera.)
LAN. Basta, Marqués: sin más treguas
salid de mi casa; no
con un anciano se prueba
el valor; yo soy más joven.
Hablemos.
MART. Hijo. (Conteniéndole.)
LAN. No temas.
ELV. Marqués... yo os ruego..
LAN. ¡Silencio!
Nunca, con razón, se ruega.
MART. Basta, despejad. (Con entereza.)
LAN. Yo, padre...
MART. Yo lo mando... En esa pieza
os entrad, que yo aquí á solas
hablaré al Marqués...
LAN. Apenas
habéis venido...
MART. ¡Silencio!
Yo sabré dar la respuesta;
y perdonad á mi hijo (Al Marqués)
y á su esposa si ahora os dejan ..
(Con intención)
MARQ. ¡Cómo! ¡Su esposa!
MART. Su esposa.
MARQ. ¡Maldición!...
LAN. Tened la lengua
con mi padre...
MARQ. ¡Vive el cielo!
LAN. ¡Marqués! .. (Con rabia y fuera de sí
MART. ¡Adentro!
LAN. ¡Oh, vergüenza!
(Se entran Elvira y Lanuza por la puerta de la derecha. Sigue el rumor, pero sin interrumpir la escena.)

ESCENA XIII

EL MARQUÉS y DON MARTÍN. Pausa

MART. Débil soy, Marqués, y viejo
(Con dignidad.)
y moverme puedo apenas,
pero hoy os juro de nuevo
que mientras moverme pueda
libre ha de ser Aragón.
MARQ. Vos lo habéis querido, sea.
Las tropas del rey Felipe
mañana á la tarde llegan,
y os juro que en Zaragoza
á ver vuestra muerte entran.
MART. ¡Almenara!... ¡es increíble
lo que estoy viendo, y me pesa!
¿Nada á la razón os vuelve?..
MARQ. No hay más razón que la guerra:
guerra á muerte entre nosotros.
MART. Yo no rehuyo la guerra.
¡Mas reparad cuánta sangre
(Con sentimiento.)
va á verter la infamia vuestra!...
¡Cuántas madres sin sus hijos
llorarán en la indigencia!. .
¡Cuántos hijos sin sus padres
gemirán en la miseria!...
¡Oh! ¡Almenara, antes de dar
un paso que así nos cuesta,
ved de quién es la justicia,
que si muero en la pelea,
sabrá vengarme mi hijo!...
MARQ. ¡Vuestro hijo! ¡Oh! que no crea
que le olvido: él y su esposa,
como habéis dicho...
MART. Que os ciega
vuestro amor á Elvira veo.
MARQ. ¡Sí, la amo, y ved que se acerca
(Empiezan los murmullos.)
el momento en que yo logre
en mi poder poseerla!

MART. Marqués, por última vez...
(Murmullos crecientes.)

MARQ. Basta, Lanuza.—Ya empieza
otra vez á hervir el pueblo:
poneos á su cabeza,
que yo al frente de mis tropas
lograré segar la vuestra.

MART. Guerra, pues, y Dios que es justo
sobre vuestra frente vierta
(Sacando la espada)
la sangre que se derrame
y la maldición eterna.

MARQ. ¡Dónde vais!...

MART. Paso, Almenara,
voy á vencerte en la guerra.

MARQ. Lanuza, tu espada quiero.
(Queriendo arrebatársela.)

ESCENA XIV

DICHOS y LANUZA. Aparece de pronto en la puerta de la derecha, coge á su padre del brazo, se interpone entre él y Almenara, y le dice á éste con voz de trueno sacando la espada

LAN. ¡Almenara, ven por ella!

MART. ¡Hijo!...

LAN. ¡Padre!.. á la victoria.
(Sigue el rumor.)
Sal primero, y noble sea (Al Marqués.)
nuestra lucha.

MARQ. ¡Lucha horrible!...
(Vase por el foro.)

LAN. (Asomándose á la ventana y gritando hacia la plaza.)
¡Aragón... á la pelea!
(Todos repiten «á la pelea» á lo lejos.)
(Los gritos del pueblo crecen. Elvira aparece por la puerta de la derecha y baja á la escena fuera de sí, busca por todas partes á Lanuza y se para en medio del teatro.)

ESCENA XV

ELVIRA

¡Oh!... ¡No están, y Juan se ha ido!...
¡Ay de mí!... sí... centellean
(A la ventana.)
las armas, y él entre todos
con las suyas los esfuerza.
Vuelve, vuelve... que me matas,
que me asesina tu ausencia:
¿que será de mí si mueres?...
¡Oh! ¡Señor!... ¡Si yo pudiera! ..
¡Desventurada!... ¿Qué he hecho?
¡Por qué Lanuza me deja!...
¡Oh!... Yo iré á buscarle en medio
del furor de la pelea;
¡si de otra cosa no sirvo,
sea su escudo aunque muera!
(Elvira se dirige á la puerta del fondo á tiempo que entra Gil de Mesa y la detiene.)

ESCENA XVI

DICHA y GIL DE MESA

GIL ¿Dónde vais?
(Empiezan otra vez los murmullos lejanos.)
ELV. ¡Dejadme ya!
GIL ¡Oh! no saldréis.
ELV. ¡Desdichada!...
GIL ¿Y Juan?...
ELV. ¡Vos no sabeis nada!
GIL Vine á buscarle.
ELV. No está.
Sin recordar mi pasión
huyó el ingrato, el cruel, (Siguen.)
y su padre va con él.
GIL ¡Oh! .. ¡Patria, está es la ocasión!
ELV. ¡Ah! corred, volad, traedle
á mis brazos.

GIL (¡A sus brazos!)
ELV. Y no romperá los lazos
que nos han unido.—Vedle.
GIL Cuando la Patria le llama
es su deber sucumbir.
ELV. ¿Y me ha de dejar morir?...
¿No soy yo la que le ama?...
¿Qué me da la Patria á mí?
Si muere y yo aquí me abraso,
¿me dará la Patria acaso (Siguen.)
el amante que perdí? (Crecen.)
GIL ¡Oh! Callad: la turba crece.
El pueblo se ha reunido
y... ¡Cielos!... ¡que ha sucedido
una desgracia parece!.. (Gran tumulto.)
¡Ah!... ¡retiraos!...
ELV. ¿Qué pasa?...
(Quiere asomarse y Gil se lo impide)
GIL Entrad.
ELV. No tal. (Siguen.)
GIL Cómo hacer...
Ved que á veces sin querer...
VOCES (Dentro.) Esta es su casa.—¡A su casa!...
ELV. ¡Qué escucho!.. ¡Dios soberano!
Es Juan sin duda: ¡Dejadme!
GIL Perdonad.
ELV. Esto es matarme.

(Aparecen en la puerta del fondo varios hombres que traen á don Martín herido y le colocan en medio de la escena en un sillón. Elvira da un grito creyendo que es su amante, corre á él, ve á don Martín, y entre la alegría de ver que no es Lanuza y el pesar de ver herido á don Martín, dice la frase «pobre anciano» de modo que se deje conocer esta lucha.)

ESCENA XVII

DICHOS. DON MARTIN, herido. Gente del pueblo, por el foro izquierda

ELV. ¡Oh! ¡Cielos! ¡Ah!... ¡pobre anciano!
GIL ¡Qué es eso!...
UNO Apenas la brida

del caballo coger quiso,
cuando al punto de improviso
le causaron esa herida.

MART. ¡Ay de mí! (Volviendo en sí.)
ELV. Alienta, señor...
MART. Ya ves cómo no me aflijo...
Buscad... buscad á mi hijo.
LAN. ¡Padre!...
(Entrando por el foro y con un grito desgarrador.)
MART. ¡Hijo mío!... Valor.

ESCENA XVIII

DICHOS y LANUZA. Pausa; de repente Lanuza dice:

LAN. ¡Quién fué el villano!...
MART. Después...
poca vida tengo ya...
LAN. ¡Cielos! ..
MART. ¡Importa quizá
la brevedad... á mis pies!
(Se arrodillan Lanuza y Elvira.
GIL. ¡Oh, dolor!
(Con los brazos cruzados armonizando el cuadro.)
ELV. ¡Crudo destino!
LAN. ¡Padre!...
MART. La Patria es primero,
(Hablando con dificultad)
é importa mucho si muero
que tú alumbres su camino...
Yo muero, y en tí lo espero...
tú heredas puro mi nombre...
desde ahora mismo eres hombre
y de Aragón el primero.
Yo era Justicia Mayor;
tú desde hoy á serlo vas;
no seas esclavo jamás;
ileso guarda mi honor...
En esa espada mellada
(La coge de las manos de un hombre del pueblo que la trae desenvainada y se la da á Lanuza. Este la besa.)

en los golpes de la guerra,
tu herencia mejor se encierra.
Juan, yo te dejo mi espada... (1)
Por tí, mi patria, viví;
por tí fallecer logré;
¡tú sabes cuánto te amé!...
otro Lanuza hay aquí.
Adiós... mi muerte llorad,
mas no la venguéis sin lucha,
(Levantándose con el estertor y apoyándose en su hijo y Elvira.)
¡hijo mío!... ¡Pueblo! escucha...
¡¡Aragón y libertad!!
(Muere dando ese último grito. Pausa.)

LAN. ¡Justo Dios!...

ELV. ¡Cielos!... ¡Murió!... (Pausa.)

GIL. Valor, Lanuza... ¡esperanza!

LAN. ¡Oh! ¡Padre mío!... Venganza
juro ante tu tumba yo.
(Tira su espada y coge la de su padre.)
¡Adiós, Elvira!...

ELV. ¡Ay de mí!...
(Levantándose con un ¡ay! desgarrador.)
¿Y me dejas?...

LAN. ¡Ya lo ves!
(Llorando con ella. Después dice con una transición violenta.)
Noble pueblo aragonés,
nuestro sitio no es aquí.
¡Mi padre ha sido el primero
que sucumbió en la contienda,
hagamos igual ofrenda
sobre la cruz de su acero!
Y tú ¡oh, Dios! dame tu ayuda,
al pueblo en la guerra guía,
al pueblo que en tí confía
y que es tu imagen sin duda.
(Todos los del pueblo desenvainan las espadas.)

---

(1) Todo este parlamento dicho en la agonía es inútil acortarle. El distinguido actor don José Calvo, logró arrebatar en él al público. Para el actor que no pueda crear lo que no puede explicarse, serían infructuosas todas las advertencias.

¡Acuérdate del profundo
valor que infunde tu nombre,
tú que fuiste mártir y hombre
por la libertad del mundo!
Perdona si en grito fiel
te pido con ansiedad...
¡Aragón y libertad!
(Con la espada desnuda y con grande entusiasmo.)

ELV. (Con un grito desgarrador y cayendo después anonadada de rodillas y con las manos elevadas al cielo.)
¡¡Y la vida para él!!

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

El teatro representa una casa pobre de los alrededores de Zaragoza. Taburetes de madera. Una puerta grande en el fondo. Dos laterales á la izquierda del actor y una en la primera caja de la derecha. En segundo término, en el mismo lado, un balcón practicable. A la izquierda del actor, en primer término, una mesa de nogal con tintero y papel. La acción empieza á la caída de la tarde.

ESCENA PRIMERA

ELVIRA y SOL. La primera sentada al lado de la mesa, la segunda de pie á su lado

SOL. Aun á lo lejos se escucha
el estruendo del combate,
y estamos abandonadas
hace cuatro horas mortales.

ELV. Tal vez en este momento
vuestro hermano herido yace,
y el valeroso Lanuza
no volverá á estos umbrales.

SOL No así dudeis, doña Elvira.

ELV. ¡Por qué me hicísteis amarle,
eterno Dios, de este modo, (Se levanta.)
si perderle era tan fácil!

SOL ¡Ah! Sosegaos, señora;
no será tan implacable
el destino, ni es creíble
que Dios nos escuche en balde.

ELV. ¡Cara Patria! ¡Cara Patria!
¡Casi siempre ingrata madre!
¡Mucho vales, según dicen,
pero cuestas más que vales!
(Suena un clarín.)

SOL. ¿No oísteis? (Asomándose al balcón.)

ELV. ¡Oh! Si noticia
de mi Lanuza me traes,
(Empieza el rumor lejano.)
dame fuerzas para oirla,
ó si es desdichada, mátame.

SOL. (Las dos al balcón.)
Venid, venid .. ¡Ya se agolpa
la multitud en la calle,
y en ademanes de júbilo
los crudos aceros blanden!
(Voces dentro.)
¡Ah! ¡Gracias! ¡Ved á mi hermano
cuál se adelanta!

ELV. (Baja al proscenio.) ¡No acabe
vuestra lengua, desdichada,
que con él no viene nadie!
Y á vivir Lanuza, él fuera
(Vivas lejanos.)
quien aquí le acompañase.

VOCES. (Dentro.) ¡Viva Lanuza!

ELV. (Vuelve al balcón) ¡Oh! Dios mío!
¡El es... él es! ¡Fuerzas dame,
que si la alegría mata,
puede la mía matarme!

ESCENA II

DICHAS; GIL por el foro izquierda cuando se marque. Trae el traje en bastante desorden, lo mismo que cuantos entran después con Lanuza

VOCES. (Dentro.) ¡Viva Lanuza! (Vivas mas cerca.)

SOL. Gil, entra.
(Mirando por el balcón, y cerrándole en seguida baja. Se abre la puerta y aparece Gil.)

GIL ¡Hermana!
SOL ¡Gil! (Se abrazan.)
GIL (A Elvira.) ¡Dios os guarde!
SOL ¿Vencísteis?
GIL Venció Lanuza.
ELV ¡Corred... traedle.. que le hable...
que le vea!
GIL (¡Y para mí
ni una palabra!) Es en balde.
la multitud que le cerca,
el pueblo que en el combate
le ha visto buscar cien veces
la muerte valiente y grande,
entre vítores y aplausos
hiende en júbilo los aires.
(Vivas y rumor.)
ELV. ¿Y vos?
GIL Yo he buscado en vano
una espada en el combate
que dando fin á mis días
diera fin á mis pesares.
Mas la muerte y la fortuna
(Siguen los vivas.)
son hermanas tan iguales
que llegan á quien las teme
y de quien las busca parten.
(Crecen los vivas. Se abren las puertas del foro y aparece Lanuza victoreado por el pueblo. Elvira se lanza á recibirle y le tiende los brazos. Entran todos.)

ESCENA III

DICHOS, LANUZA, PUEBLO. Por el foro

VOCES (Dentro.)
¡Viva! ¡Viva!
ELV. ¡Juan!
LAN. ¡Elvira!
(Se abrazan. Pausa.)
¡Por qué no vives, oh padre!
(Mirando al cielo.)
¡Yo te entregara tu espada
tan victoriosa como antes,

y por mi justa venganza
llena de enemiga sangre!
(Baja al proscenio.)
¡Elvira, mi Elvira bella!...
¡Cuántas veces al lanzarme
sobre la contraria hueste
me daba aliento tu imagen!

ELV. ¡Cuánto he sufrido! Pero ahora
soy más dichosa que nadie...
¡que solo al perder un bien
se comprende lo que vale!

LAN. ¡Gil de Mesa es un valiente!
Ven, amigo mío! ¡Abrázale,
Elvira... que él de la muerte
dos veces llegó á librarme!

GIL ¡Yo!...

LAN. ¡Sin él, tal vez, Elvira,
muerto hubiera en el combate!

ELV. ¡Ah! ¡Abrazadme, Gil de Mesa!

GIL (La abraza.)
(¡Oh, tormento inexplicable!)

SOL (Aparte á Gil.)
¡Ah! ¿qué tienes?... ¡palideces!...

GIL No, Sol... (¡Cielos, amparadme,
que no vea sus caricias!)

LAN. (Al pueblo.)
Aragoneses, no en balde
el grito de libertad
en Zaragoza lanzásteis.
¡Yo os conduje á la pelea;
yo os conduciré más tarde!...
Que cuando es santa la causa
y todo un mundo se bate,
si son los que vencen héroes,
son los que sucumben mártires.

GIL ¡Viva Lanuza!

TODOS ¡Viva!

LAN. ¡Oh! ¡Cuál el corazón saltarse quiere
de júbilo y contento!
A la voz de ese pueblo generoso
hervir mi sangre de entusiasmo siento.
¡Oh, Elvira!... ¡Elvira mía!...
¿Quieres saber lo que ese pueblo noble
supo hacer en la lucha?

¿Lo que hice yo también?... Elvira, escucha.
No bien de libertad el grito santo
dió mi trémula voz, cuando iracundo
del esterminio y de la guerra el canto
se escuchó en las entrañas del profundo;
¡grito desgarrador que diera espanto,
no tan solo á Aragón, á España, al mundo!
(Durante todo este parlamento, el pueblo toma parte con sus murmullos, con sus señales de asentimiento y su entusiasmo.)
¡Grito que entre los montes se perdia
y un monte y otro monte repetía!
El pueblo que acudía se agrupaba,
y formaba una voz, un arma, un eco...
Voz que si de sus pechos se exhalaba,
lanzando un trueno destemplado y seco
súbito se aumentaba, y se aumentaba
horrible, atronador, rajante, hueco,
¡cuando de pronto con horribles galas
la negra tempestad abrió sus alas!
Como el fiero torrente comprimido
por la montaña que su curso cierra,
que arrolla la montaña embravecido,
y sórbese los campos y la tierra,
así el temible pueblo enfurecido
al santo grito de la justa guerra,
extiende sobre el campo sus pendones
y arrolla los contrarios escuadrones!
Las huestes de Almenara se repliegan;
el pueblo cae encima desbordado;
á las armas mortíferas se llegan
que estorbo son al mísero soldado:
mueren muchos quizás, los más se entregan,
¡y enardecido el pueblo y obcecado,
riega con sangre de su misma herida
los campos que le dan sustento y vida!
El ¡ay! del moribundo, que se aleja
de la que el ser le dió y hoy por él llora,
del herido infeliz la amarga queja,
la voz del vencedor devastadora,
el relincho del bruto que allí deja
la mano de su dueño: la que implora,
tímida voz; la que en furor funesta
con el hierro homicida le contesta ..

La sangre brota del herido pecho,
el miedoso terror desaparece:
valiente es el cobarde á su despecho
y la tormenta por instantes crece.
Todo arrollado es, todo deshecho,
y esta atroz confusión solo parece
un grito de terror y de agonía
que al mismo Dios el universo envía. (1)
Yo entre tanto me lanzo á la pelea:
vése siempre mi vida amenazada,
mi mirada sangrienta centellea,
rayos despide mi tajante espada:
la clin de mi caballo el viento orea,
y al pronunciar con voz entrecortada
libertad y *Aragón* en ronco hueco,
libertad y *Aragón* repite el eco.
Corro, hiero, combato, el triunfo es mío;
huye la hueste de Almenara impía:
con mi voz y mi aliento al pueblo guío,
y con el triunfo la victoria es mía.
Pienso, mi Elvira, en tí, y en Dios confío;
depongo ante tu amor mi saña impía;
llego, recuerdo tus amantes lazos...
y muero de placer entre tus brazos.

ELV. ¡Oh! ¡mi Lanuza! ¡Venturoso el pueblo
que por tal campeón se ve guiado,
y mil veces feliz la que en tu historia
pueda ceñir tu frente,
con el laurel de inmarcesible gloria!
Descansa, mi Lanuza,
que tal vez el tirano en su despecho
vuelva á robar del pueblo la esperanza,
á la sangrienta voz de la venganza.
Y vosotros también cobrad aliento;
que es muy grato después del vencimiento
llevar á la mujer que en vos pensaba,
la palma de la gloria y del contento.

---

(1) El autor autoriza desde luego á los actores de provincia á suprimir algunas octavas de este parlamento, que reune á su dificultad lo fatigoso de la entonación. No todos podrán decir estas octavas como Manuel Ossorio, logrando que la última no desmerezca de la primera, y haciéndose aplaudir con justo entusiasmo.)

LAN. (A Gil.)
Corre, mi amigo, y cuida
de que vigilen la extendida vega;
reparte exploradores,
y á la menor señal de nueva lucha,
ven y llama al instante
(Aparte á Gil.)
al que quiere un momento ser amante.

GIL Descansa en mí, y en su cariño goza,
que yo vigilaré... (y hallaré al cabo
la muerte antes de entrar en Zaragoza.)

SOL (Aparte á Gil.)
¿Y te vas otra vez?

GIL (Aparte á Sol.) Espera, hermana;
y si lloraste en la ausencia mía
y pensaste en mi muerte con espanto,
no enjugues de tus párpados el llanto.

SOL ¿Qué me quieres decir?...

GIL Adiós, hermana.
(¡Que no vea yo el sol de la mañana!...)
(Gil hace una seña al pueblo y sale con él. Sol entra en la puerta de la izquierda. Va anocheciendo. Antes de salir, Gil dirige una mirada á Elvira y á Lanuza y se oculta el rostro con las manos.)

ESCENA IV

LANUZA y ELVIRA. Se sientan, el primero en un sillón alto y la segunda en un taburete bajo

LAN. Al fin puedo contemplarte
después de tantos enojos,
y amor eterno jurarte
y embebecido en mirarte
beber la dicha en tus ojos.

ELV. ¡Oh! ¡Cuánto mi miedo fué!...
¡Cuánto al mundo aborrecí!...
¡Cuánto á la Vega miré
y cuánto... cuánto lloré
pensando, mi amor, en tí!
A ese balcón asomada,
testigo de mi quebranto,
y fija en Dios mi mirada,

en tí tan solo pensaba,
por tí vertía mi llanto.
Que cada bélico acento
que el viento al balcón traía,
recogía mi lamento...
lamento que se perdía
entre las alas del viento.

LAN. Yo también, Elvira bella,
dí á los vientos mi querella
que se perdió en la espesura,
llevándose mi ventura
y mi esperanza con ella.
¡Y al pensar en combatir,
y aun confiando vencer
de mi pueblo el porvenir,
tuve miedo de morir
y de no volverte á ve !

ELV. ¿Tanto me amas?...

LAN. ¿Cómo no,
si tan bella te formó
la naturaleza avara,
que el amor puso en tu cara
y estoy mirándote yo!...
¿Cómo, si sin darme agravios
ni celos locos é impíos,
siguiendo antiguos resabios,
el amor duerme en tus labios
y le despiertan los míos?
¡Cómo no amarte de hinojos!..
¡Cómo verte con enojos!...
¡Cómo he de mirarte en calma,
si para encender mi alma
se asoma el alma á tus ojos!..
¡Nunca los encuentro fríos!...
Siempre lanzan sus destellos,
y pues que son tan impíos,
dime al fin que serán míos...
ó mátame al fin con ellos.

ELV. Tu padre mismo esta unión
sanciona desde la altura
y nos da su bendición;
la Iglesia la hará tan pura
como lo es tu corazón.
Termina en el nuevo día

de dar al pueblo que llora
la libertad que hoy ansía;
que si bien su voz te implora,
también te implora la mía.

LAN. Sí, Elvira, corto será
plazo que pena te dé;
mañana mismo quizá
el pueblo libre será...
pero yo esclavo seré.
Ahora, adiós. (Se levantan.)

ELV. ¡Oh!... ¡Ya te alejas!...

LAN. Es fuerza hacerlo, mi Elvira.

ELV. ¿Y qué es lo que aquí me dejas?

LAN. Las enamoradas quejas
que tu belleza me inspira.
Voy al campo á recorrer;
la noche avanza enlutada,
y es preciso precaver
una traidora emboscada.

ELV. Que no tardes en volver.

LAN. Vendré de tu amor en pos...

ELV ¡Dios nos proteja á los dos!...

LAN. Vé que mi alma queda herida.

ELV. Vé que te llevas mi vida.

LAN. ¡Alma mía!... ¡Adiós!..
(Vase por el foro.)

ELV. ¡Adiós!

(Elvira le acompaña hasta la puerta del foro, que cierra después de despedirle; se asoma al balcón, y mientras sale Sol con una bujía, la coloca en la mesa y se retira cerrando la puerta. Elvira cierra el balcón y baja al proscenio.)

ESCENA V

ELVIRA

El alumbre tu camino.
¡El realice mi esperanza!
¡Nadie se escucha en el campo!
¡Fría está la noche y pálida!
No sé qué presentimiento
se apodera de mi alma,

que mi razón desfallece
y el miedo mi vista embarga.
¡Qué silencio!... Sol sin duda
con Gil de Mesa se halla,
y fuera crueldad en mí
ir de su hermano á apartarla.
¡Valor! Un temor pueril
para aturdirme no basta.
¡Qué ruido! Sin duda el viento
es que azota la ventana.
Cerrémosla bien, no sea
que apaguen la luz sus ráfagas.
(Va á cerrarla bien. Se abre la puerta del foro y aparece el Marqués embozado. Entra: cierra la puerta de la derecha y la del foro con las llaves, y al volverse Elvira se encuentra con él y da un grito.)

ESCENA VI

DICHA y el MARQUÉS, embozado, por el foro

ELV. ¡Ah!
MARQ. ¡Silencio! (Desembozándose.)
ELV. ¡Dios piadoso!
(Con horror y huyendo.)
¡El Marqués! ¡Socorro!
MARQ. (Cogiéndola la mano.) Basta;
ni una palabra, ni un grito,
ó aquí vuestra vida acaba.
ELV. ¿Qué queréis?
MARQ. ¿Qué es lo que quiero?
Qué, ¿no os lo dice mi rabia?
¿No adivinais en mi rostro
lo que por mi mente pasa?
ELV. ¡Favor! ¡Perdón!
MARQ. (Con rabia reconcentrada.)
¡O creían
que vencido en la batalla
iba á ocultar mi despecho
de la tierra en las entrañas!
¡No, por Dios! Puede vencerse
al león y su arrogancia;
pero nunca á la serpiente

que en la obscuridad se arrastra,
y elige en su astucia el punto
donde herir, sin perder nada.
(Con feroz complacencia.)

ELV. ¡Oh! ¡Dios mío! ¿Y qué os ha hecho
esta mujer desdichada
para elegirla por víctima
de vuestra furiosa saña?

MARQ. ¿Qué me habéis hecho? Yo os amo;
ya os lo he dicho en vuestra casa,
á la faz del claro día,
en la calle y en la plaza.
Mejor decíroslo puedo
en esta ignorada estancia,
donde los héroes del día
en la indolencia descansan.
¿Qué quiero?... ¡loca pregunta!
lo que yo quiero es venganza,
sí, venganza de Lanuza,
resto aislado de su raza,
que en vuestro amor me ha vencido,
que me venció con las armas,
y á quien yo vencer intento
con la astucia y con la calma.

ELV. ¡Ah! ¡no es posible!

MARQ. ¡Silencio!

ELV. Vos no haréis tan torpe hazaña.
Noble sois, y si á Lanuza
odiais por vuestra desgracia,
cuerpo á cuerpo y frente á frente
los nobles instintos hablan.
Vos no mancharéis el nombre
que vuestro padre os legara,
con una acción tan indigna
de aquel que quiere á una dama.
¿Tengo yo la culpa acaso
de amar á Lanuza?

MARQ. Basta.
Yo supe por mis espías
adónde su Elvira estaba.
Yo le ví entrar victorioso,
le ví salir de esta casa,
y no habré expuesto mi vida
para que me venzan lágrimas.

(Tratando de llevarla por la fuerza)
Venid.

ELV. ¡Jamás!

MARQ. Os lo juro.
O mis pasos sin tardanza
seguís, ó sois ahora mía
y os inmolo á mi venganza.

ELV. (Desasiéndose de él.)
¡Y bien, herid! Si mi vida
la honra de Lanuza salva,
si con mi muerte tan sólo
cumplís hoy vuestra venganza,
herid, Marqués, yo os lo ruego:
pura nací, y pura caiga
al golpe de vuestro acero.

MARQ. No vuestra muerte me basta;
yo quiero vuestra vergüenza,
humillar vuestra arrogancia,
saciar mis amantes celos,
emponzoñar vida y alma
á Lanuza, y á esto vine,
y esto logro.

ELV ¡Atrás!

MARQ. Cerradas
están las puertas.

ELV. ¡Oh! ¡Virgen,
Madre de Dios, pura y casta,
socórreme! (Con desesperación.)

MARQ. Ven, Elvira.

ELV ¡Matadme!

MARQ. Ven.

ELV ¡Nunca!

MARQ. Calla.

ELV. (Con voz ahogada.)
Infame... infame... Socorro.

DENTRO ¡Abrid!... ¡abrid!

ELV. ¡Cielo!

MARQ. ¡Oh, rabia!
Venid.

DENTRO Rompamos la puerta.

ELV. Dios es justo. (Con alegría.)

MARQ. ¡Al cielo llama!
(Saca el puñal para herirla y luego se detiene.)
(¡Ah, qué idea!) Si á quien entre

dices sólo una palabra,
una frase, un ¡ay! tan sólo,
diez hombres que abajo aguardan,
apenas entre Lanuza
muere de diez puñaladas.

ELV. ¡Ah! (De un modo desgarrador.)

MARQ. Silencio, Elvira, ó juro
que he de cumplir mi amenaza.

(Sale por el balcón. Elvira abre la puerta de la izquierda rápidamente y la del foro, y después queda aterrorizada y con el rostro desencajado.)

ESCENA VII

DICHA; GIL, por el foro. SOL, por la izquierda

GIL ¿Qué es eso, Elvira?

ELV. (¡Dios mío!)

SOL. ¿Qué tenéis?

GIL ¿Qué ocurre?

ELV. Nada...

GIL ¡Oh! yo veré...

ELV. (Con terror.) ¡No salgais!

GIL Estais temblando.

SOL. ¿Qué pasa?

ELV. No temais... fué sólo... (¡Cielos!)

GIL Me asustan vuestras miradas.
De un hombre la voz he oído...

ELV. ¡Oh! no tal...

GIL ¿Por qué cerrada
estaba la puerta, y vos
por qué no abrísteis?...

ELV. Es vana
vuestra venida... yo os juro...

SOL ¿Por qué temblais?

ELV. Sola estaba,
y quedé rendida al sueño:
de pronto... (¡oh Dios!) una vaga
quimera... una pesadilla
mi loca razón embarga
y gritos doy sin motivo;
despierto sobresaltada,
y en la realidad creyendo...

(¡realidad horrible!...) llama
mi voz y desfallecida
quedo de lucha tan larga.

GIL ¡Oh! ¡no es posible, no, Elvira!...
la voz y el aliento os faltan,
y vuestros hermosos ojos
preñados están de lágrimas.

ELV. Fué solo lo que os he dicho...
¡Lanuza!... (Con lágrimas y sollozos.)

GIL Lejos no se halla.
Sin duda alguna quereis
que le busquen.

ELV. (Horrorizada.) ¡Virgen Santa!
¡No, que no venga!

GIL ¿Por qué?
Yo no os comprendo.

SOL A mi estancia
venid...

ELV. Dejad que descanse,
porque las fuerzas me faltan. (Se sienta.)

GIL Señora, por cuanto santo
para vos sagrado haya,
por el amor de Lanuza,
por mi.. amistad, por mi hermana,
decidme lo que ha pasado.
Yo os juro que una palabra
no saldrá del labio mío.

ELV. Pues oid... (Se levanta.)
¡Oh! ¡no!
(Retrocediendo espantada.)

SOL ¿Qué os pasa?

GIL Basta, Elvira; pues que vos
no quereis decirme nada,
yo lo sabré... y os prometo...

ELV. Es vano...

GIL Adiós.

ELV. (Aparte á Sol.) (¡Que no salga!)

SOL Pero, ¿qué es lo que sucede?
Desechad tales fantasmas.

ELV. (Serenándose poco á poco.)
Sí, teneis razón, locuras
de mi mente acalorada...
Salid y reconoced
si quereis toda la casa,

pero... por si algo ocurriese
llevad desnuda la espada.

GIL — (No hay duda.—Un hombre aquí había.
Si no era Lanuza, que haga
á Dios su oración postrera.)

ELV. — Volved pronto.

GIL — Sin tardanza.

ELV. — ¡Llevad cuidado! (Dios vele
por él... y el cielo me valga.)

GIL — (Yo averiguaré el misterio
que se encierra en sus palabras.)
(Se va por el foro.)

ESCENA VIII

ELVIRA y SOL

SOL — ¡Oh! Decidme, si es posible.
lo que mi mente no acaba
de comprender... ¿por qué vos
os quedáisteis encerrada?
¿Por qué pedísteis socorro?
¿Por qué las mejillas pálidas
conservais aún y en torno
dirigís vuestra mirada?

ELV. — ¡Ah Sol! ¡dejadme que llore!
Dejad que corran mis lágrimas:
dejad que á vos os confíe
cuánto soy desventurada.

SOL — ¡Oh! Sosegaos, señora...
Vuestra conmoción da lástima.
Tranquilizaos al menos
un momento: bebed agua...

ELV. — No... ya estoy bien: ¡infelice!
Belleza odiosa y aciaga
es la mía, si por ella
tanto riesgo me amenaza.

SOL — Hablad.

ELV. — ¿No veis que no puedo?
(Con desesperación reconcentrada.)

SOL — Bajo la impresión fantástica
de esa loca pesadilla

estais aún, y me extraña
que dure tanto una idea
que al despertar quedó vana.

ELV. Sueños hay que son horribles,
que hieren de muerte al alma;
pero hay despertar á veces
que más que los sueños matan..
¡Ay de mí! ¿por qué, Dios mío,
tales desventuras guardas
á la que te adora humilde
y en nada te ofende... en nada?
Sol, cerrad todas las puertas;
cerrad bien esa ventana
y no os movais de mi lado.
Así.. ¡Tengo miedo! (La abraza.)

SOL Vanas
quimeras son de la mente
que las finge acalorada.
Pueblo armado nos rodea,
y en reducida distancia
el mismo Lanuza ha puesto
centinelas avanzadas.
No temais, mi hermano ahora
ronda tal vez, y ya nada
debeis temer... Serenaos.

ELV. Sí .. (no volverá.)

SOL ¿Qué os pasa?
Lanuza con varios hombres
recorre todas las guardias,
y vendrá aquí.

ELV. ¿No está solo?

SOL No tal.

ELV. ¿Y es fácil que vayan
á avisarle?

SOL Con extremo
fácil es. En la fachada
de mi cuarto y á dos pasos,
enfrente de mi ventana
está un centinela; al punto
que se le diga...

ELV. Que vaya,
que vaya á verle y le diga...

SOL ¿Qué?

ELV. Que su Elvira le llama,

que le espera por momentos,
que no venga solo.

SOL. Basta,
así lo diré. (Hace ademán de irse.)

ELV. ¿Y os vais?

SOL. Forzoso es; mas si la calma
no habeis recobrado aún,
venid conmigo.

ELV. No, gracias;
ya estoy tranquila, ya sé
que vendrá Lanuza... ¡Y cuánta
será mi alegría al verle...
que no venga solo!

SOL. (¡Nada;
está visto: ó sueña aún,
ó ya la razón le falta!)

ELV. Volved al punto.

SOL. (Se va por la izquierda.) No tardo.

ELV. ¡Valor! Ya le tengo... ¡Oh! gracias.

ESCENA IX

ELVIRA

Sí... habrá huído avergonzado
de sí mismo y de su audacia.
¡Ah! Lanuza, vuelve pronto;
vuelve, yo soy quien te llama:
ya estoy tranquila. Tal vez
es Gil de Mesa.

(Se dirige á la puerta del fondo, y entra Almenara rápidamente. Elvira espantada llega vacilando hasta las luces del escenario despavorida y con la faz desencajada.)

ESCENA X

DICHA, EL MARQUÉS DE ALMENARA, por el foro. EMBOZADOS, por el balcón, que entran porque el Marqués se dirige á él y le abre. Entran, rodean á Elvira, y la tapan la boca con un pañuelo

ELV. ¡Oh!

MARQ ¡La cara!

ELV. ¡Favor!

MARQ. Pronto, el tiempo vuela:
yo afianzaré la escala.

ELV. ¡Lanuza!

MARQ. Llama al infierno
que te ayude.

GIL (Apareciendo en el balcón.)
¡Atrás, canalla!

(Cuando los embozados le abren, aparece Gil y los amenaza con voz de trueno; saca la espada y acomete al Marqués, que se ve precisado á defenderse. Riñen.)

ESCENA XI

DICHOS, GIL DE MESA, sacando la espada

MARQ. ¡Maldición!

GIL ¡Marqués cobarde!
Ladrón de honras y damas,
defiéndete.

MARQ. ¡Miserable!

GIL ¡Yo he visto poner la escala!...
por ella bajarás muerto. (Se baten.)

MARQ. ¡A mí, valientes! ¡Soltadla,
y ayudadme!

(Los embozados, que son dos, dejan á Elvira y sacan las espadas acometiendo á Gil.)

GIL ¡Tres á uno!

ELV. (Despavorida gritando.)
¡Socorro... favor!...

MARQ. ¡Oh rabia!
¡Cejais, cobardes!... (A los embozados.)

GIL Tú lo eres.

ELV. ¡Lanuza, Sol, que se matan!

UNO ¡Ay!... ¡me hirió!
(Sin caer, pero soltando la espada.)

MARQ. Piensas vencerme
ahora también y te engañas,
que si tu furor es grande,
esta puerta, Gil, no es mala.

(Viéndose acorralado por Gil, intenta escapar por la puerta del fondo. Esta se abre y aparece Lanuza con la espada desnuda.)

ESCENA XII

DICHOS. LANUZA

LAN. ¡Atrás!
MARQ. ¡Ay de mí! (Con furor.)
ELV ¡Lanuza!
LAN. Aparta, bien mío, aparta. (Se baten.)
¡Dos á dos!... Marqués villano,
¿esas son vuestras hazañas?
Vas á morir. (Siguen batiéndose.)
MARQ. Todavía
no... Lanuza... hasta mañana.
(Huye por el balcón.)
LAN. ¡Cobarde!
(Queriendo seguirle por el balcón.)
GIL ¡Vil! (Idem por el foro.)
ELV. Deteneos. (Conteniéndolos.)
LAN. Deja que á buscarle vaya.
ELV. ¡No, Lanuza! ¡Dios es justo!...
Con su maldición le basta.
(Señalando al cielo. Cuadro.)

(Todo el entusiasmo del público en el final de este acto fué debido más que á nada á lo bien que todos los actores supieron figurar el combate. Es esencial, pues, que se ponga un juego de espadas á propósito y unos golpes de asalto que se aproximen á la verdad, desechando la antigua costumbre de los teatros de España de batirse sin mas que cruzar las espadas de un modo impropio y ridículo.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

El teatro representa una prisión triste y antigua, pero sin ningún aspecto horrible. Debe estar abovedada y con arcos de piedra y ladrillo. En la pared de la derecha del actor hay una reja de hierro fuerte y segura, por donde entra la luz. En segundo término una puerta con cerrojo á la vista del público. En la de la izquierda habrá otra puerta practicable con barrotes de hierro y cerrojos exteriores. En el fondo, y en el último término de la bóveda, hay una gran reja de hierro dividida en dos hojas y practicable que llegará hasta el suelo y que figura dar á una galería ancha y clara donde se supone haber otras prisiones, y por la que se sale al exterior. En esa galería frente á la reja hay una ventana grande con hojas, cerrada hasta su tiempo, y por la que se verá después un horizonte lejano de cielo, ó bien un telón de calle. En vez de bancos de piedra, habrá solo dos taburetes en segundo término y de modo que no perjudiquen á la libertad de la escena.

ESCENA PRIMERA

EL MARQUÉS DE ALMENARA, EL CARCELERO

MARQ. Vos respondeis de su vida
con vuestra misma cabeza.
CARC. Si Lanuza se escapara
yo os responderé con ella.
MARQ. Sacadle del calabozo
y conducidle á esta pieza,
que sobre ser mas segura,
del cadalso está mas cerca.

CARC. ¿Ninguno ha de entrar á verle?
MARQ. Que entre á hablar con él quien quiera
viniendo solo y sin armas...—
Después vendrá una doncella
á verle, es su nombre Elvira.
Abridla al punto las puertas,
pero después que ella entre,
que no se abran para ella.
¿Nada ha dicho el prisionero?...
CARC. Nada que importante sea...
Maldice de su fortuna,
y de ser noble se queja.
MARQ. Bien está: haced lo que os dije.
CARC. Descansad en mi obediencia.
MARQ. ¡Al fin te miro á mis plantas,
fiera raza aragonesa!
¡Hiende con gritos el aire,
pide libertad, vocea,
y hará callar vuestras bocas,
de Lanuza la cabeza! (Vase.)

ESCENA II

EL CARCELERO. Abriendo la puerta derecha

Salid... (Valor, confianza...
y la partida aun es nuestra.)

ESCENA III

LANUZA y EL CARCELERO

LAN. ¡Y yo en mi poder le tuve!
Hora maldita fué aquella.
¿Qué me queréis?...
CARC. ¡He cumplido
lo que Almenara me ordena,
y es daros otra prisión
que del cadalso esté cerca! (Con sarcasmo.)
LAN. Cerca de él está el vencido
donde quiera que se encuentra...

CARC. Señor, prestadme un momento
atención, el tiempo vuela,
y cada minuto suyo
un año vuestro se lleva.

LAN. ¿Qué queréis?

CARC. (*Con rudeza y sentimiento.*)
Yo he sido siempre
carcelero, y nunca quejas
me han ablandado, ni menos
dádivas, oro y promesas.
Pero hoy, señor, es distinto:
vuestra libertad es prenda
de la libertad del pueblo.
Yo soy su hijo: en mis venas
arde su sangre, y el pueblo
con vos muy ingrato fuera
si no vertiese la suya
para rescatar la vuestra.
(*Se arrodilla y le ofrece un llavero.*)
Tomad, señor, esas llaves;
abren la temible puerta
que á la libertad conduce
ó al cadalso al reo lleva:
vuestras son. De vos respondo,
Lanuza, con mi cabeza.
Y pues á las doce en punto
á un hombre el cadalso espera,
dad la libertad al pueblo
mientras yo muero por ella.
(*Lanuza le mira con interés, le abraza y le levanta.*)

LAN. Tan heróico sacrificio
no puedo aceptar.

CARC. Acepta,
Lanuza: yo nada valgo;
nada deja mi existencia
tras de mí: ni un padre amado,
ni una esposa amante y tierna,
ni una patria que me llore,
ni un amigo que me quiera.
Vos en cambio dejais tanto,
que si cae la sangre vuestra,
no sois vos el que sucumbe,
sucumbe la Patria entera.

LAN. Que mi destino se cumpla,

según Dios designe, es fuerza.
Vencedor ayer, vencido
por la traición, Dios acepta
mi sacrificio; ¡tal vez
Dios libertarnos no quiera!

CARC. El me ha sugerido el medio
que os propongo.

LAN. Amigo, deja
de rogarme, será en vano.

CARC Lanuza, á las doce es fuerza
que tu sentencia se cumpla.

LAN. Que se cumpla mi sentencia.
Y si Dios la libertad
no quiere dar á esta tierra,
¡Aragón, baja á mi tumba
y con Lanuza te encierra!

CARC. Señor, por Dios que nos oye (Llaman.)

LAN. Gracias... Vé quien llama.

CARC. Pueda
yo librarte, y muera luego.

LAN. Abre... ¡Señor, dame fuerzas!
¡Aragón! ¡Elvira!... ¡Padre!

CARC. ¡Oh! gracias... ¡es Gil de Mesa!

ESCENA IV

LANUZA y GIL

LAN. ¡Gil, amigo!

GIL ¡Juan! ¿qué es esto?

LAN. Esto es que la suerte adversa
generosidades mías
con adversidades premia.

GIL ¡Tener ayer á Almenara
en nuestro poder, sin fuerzas,
sin amparo, sin amigos,
y dejarle huir! Torpeza
fué por Dios que Dios castiga.

LAN. No de esa acción te arrepientas,
Gil; si él es ducho en traiciones
y pagó su noble deuda
con la infamia de cogerme
desprevenido en mi tienda;

si aguardó para matar
al león que le amedrenta
á que cerrara sus párpados
dentro de su madriguera
y cual la culebra infame
se arrastró hasta su cabeza;
si fué con fuerzas mayores
cuando él estaba sin ellas...
¿quién más noble y quien más digno?..
¿el león ó la culebra?

GIL Pero en tanto el tiempo pasa
y peligra tu existencia,
¡y hoy mismo á las doce, ¡oh, cielos!
harán rodar tu cabeza!

LAN. ¡Qué me importa! Háblame en cambio
de Elvira.. ¿qué ha sido de ella?
¿Qué dijo cuando pasaban
las horas sin ir á verla?...
¿Cuando por mí preguntaba
y mi voz no estaba cerca?...

GIL Mi hermana supo ocultarla,
Lanuza, la fatal nueva;
pero el estruendo del campo,
el desaliento que empieza
á cundir viendo tu falta,
la soledad de tu tienda,
los dos centinelas muertos,
todo, en fin, todo la muestra
la verdad, y huye espantada
de sí misma loca y ciega.
Entra en Zaragoza, busca,
pregunta, y alguien la enseña
tu cadalso: excita al pueblo,
y rendida á tanta pena,
con mi hermana que la cuida
está esperando mi vuelta.

LAN. ¡Alma mía! ¡Oh! Gil, no dejes
que á verme un instante venga,
que debo morir sin llanto,
y llorára mucho al verla.

GIL Lanuza, aun hay esperanza:
los mas valientes me esperan,
y es preciso dar un golpe
que te salve y los sorprenda.

Oye... ocultos en sus casas
cual si el terror causa fuera
de su silencio, es preciso
que la plaza esté desierta.
Almenara de ese modo
desplegará menos fuerzas
y apenas de estas prisiones
se abran las terribles puertas,
y la primer campanada
de las doce el aire hienda
y tú salgas al cadalso,
por todas las callejuelas
de la plaza, desbordada
la multitud cae tremenda
sobre los soldados, estos
hacen frente, mas tú mientras
ó huyes ó guias al pueblo
en su jornada postrera.

LAN. ¡Aún más sangre y por mi causa!
¡Ah! deja tu empeño, deja
que muera...

GIL Aragón lo quiere,
y tú lo has jurado.

LAN. ¡Sea!

GIL No te extrañe, pues, que nadie
en la plaza al salir veas;
todos la hora esperando,
la campanada primera
aguardarán: su sonido
será la señal de guerra.

LAN. ¡Oh! ¡Gil, y cuánto te debo!
Yo acepto solo tu oferta
por Aragón y mi Elvira.

GIL (Que muera yo y viva ella.)

ESCENA V

DICHOS, EL CARCELERO

CARC. Gil, el marqués de Almenara
viene.

GIL Déjale que venga;

al entrar cae á mis pies
asesinado. (Sacando la daga.)

LAN. (Interponiéndose.) ¡Oh! no creas
que he de consentir... aparta;
la espada sienta en tu diestra,
no el puñal...

GIL Lanuza, salvo
á Aragón.

LAN. Si me exigiera
la Patria una villanía,
esclava la Patria fuera.
La sangre á traición vertida,
nunca hace una causa buena,
y un verdugo asesinado
es una víctima nueva.

CARC. Viene pronto.

LAN. Atrás, amigo;
yo mismo abriré la puerta,
y habrás de herir á Lanuza
antes que hacer lo que intentas.

GIL Ha sido él traidor contigo.

LAN. Y si yo lo mismo hiciera,
¿quién era el vil; quién el noble?
Gil, aparta.

CARC. Ved que entra.

GIL A las doce serás libre.

LAN. Al cielo solo lo ruega.

GIL Adiós.

LAN. Adiós, y él ayude
vuestra temeraria empresa.

(Se va Gil por la puerta del fondo. El Carcelero le acompaña, cierra la verja, vuelve y abre la puerta de hierro de la derecha.)

ESCENA VI

LANUZA, EL MARQUÉS

LAN. ¡Villano! ¡Viene á insultarme!
Y bien, que á insultarme venga:
mayor sea el sacrificio
y mayor mi gloria sea.

(Pausa. El Carcelero abre la puerta izquierda; entra el Marqués, que le hace una señal y se aleja.)

MARQ. ¿Lanuza?
LAN. ¿Marqués?
MARQ. ¿Qué hacías?
LAN. ¡Adivinar tu insolencia!
MARQ. ¿Y tiembla Lanuza al verme?...
LAN. Solo de cólera tiembla.
MARQ. Estás vencido.
LAN. La víbora
que yace oculta entre peñas,
mientras la pantera duerme
herir sabe á la pantera.
MARQ. Soy él dueño de tu vida.
LAN. Dios es dueño de la vuestra.
MARQ. A las doce morir debes.
LAN. Mi alma esa ventaja os lleva.
MARQ. ¡Seguro estás con el cielo!
LAN. Los mártires siempre llegan
á él... bautismo de sangre,
las culpas redime enteras...
MARQ. No mires tanto á la altura,
los ojos baja á la tierra,
y mira en tu derredor
tu poder y tu grandeza.
Gime otra vez Aragón
bajo mi cólera ciega;
tu poder duró una hora
tu vida durará media.—
Y Elvira podrá ser mía
sin que libertarla puedas.
LAN. ¡Ah! ¡vil! paga de ese modo
la vida que yo te diera
anoche, cuando á su ruego
no terminé tu existencia;
págame haber impedido
que al entrar por esa puerta,
á mis pies... ante Lanuza,
rendido y muerto cayeras,
que cuanto es mas noble y grande
la víctima que se entrega,
tanto es mas vil el verdugo
que su altivo cuello siega.
MARQ. Guerra á muerte me juraste,
á muerte ha sido la guerra.
LAN. Traición á muerte es la tuya.

MARQ. Si de tí me libra, sea.
Oye, Lanuza... No tienes
una esperanza siquiera;
tu sentencia está dictada.

LAN. Nula es, Marqués, mi sentencia.
Solo el pueblo á los Justicias
de Aragón juzga y condena.

MARQ. Yo te condeno y tú mueres..
¿qué importa con tal que mueras?

LAN. De juzgado á asesinado,
Dios mide la diferencia.

MARQ. Basta, Lanuza; si juras
no volver más á esta tierra,
si de Aragón me respondes,
si me rindes obediencia,
y si tú mismo, aquí mismo,
Lanuza, á Elvira me entregas,
sal libre de Zaragoza,
yo te perdono... Contesta.

LAN. ¡Solo en los viles se abrigan
tan raquíticas ideas!
Yo no juro no pisar
otra vez mi misma tierra,
que mi voluntad es libre
desde que Dios me la diera,
y no conoce más límites
que aquellos que la convengan.
Yo de Aragón no respondo,
que mal responder pudiera
una ovejuela perdida
del rebaño que se aleja.
Yo obediencia no os prometo,
que es esclava la obediencia,
y es la libertad mi culto
y la esclavitud mi mengua.
A Elvira no puedo daros,
ni á ser posible os la diera;
que Elvira es mi alma, y el alma
sólo es de Dios que la crea.
Y basta, Marqués, de injurias;
termine esta conferencia,
que aun siendo vuestro enemigo
de oiros me da vergüenza.
No añadais la hipocresía

á la traición que en vos reina:
sed vil y traidor al menos
de modo que el sol lo vea.

MARQ. Implora á Dios si en él crees.

LAN. En él ya creer es fuerza,
que en tí Luzbel se retrata
y sin Dios él no existiera.

MARQ. Muere, pues, y ¡ay de tu Elvira!

LAN. ¡Elvira! Calle tu lengua:
Elvira no será tuya,
que mientras haya en la tierra
un puñal, con él Elvira
sabrá entregársete muerta.
Y huye, Marqués, de mi lado,
no emponzoñes la vivienda
de la desgracia, no manches
la cárcel con tu presencia,
que mi última hora quiero
que tranquila y santa sea.
(Entra en su prisión)

ESCENA VII

EL MARQUÉS

¡Pobre reptil, que á mis plantas
rindes tu existencia entera,
y viendo lo que te espera
altivo el cuello levantas!
Hoy te roba mi poder
en alas de mi ambición,
la libertad de Aragón
y el amor de una mujer...
La muerte sobre tí zumba
y no hay fuerzas que la atajen;
este cerrojo es la imagen
(Corre el cerrojo.)
de la llave de tu tumba.

ESCENA VIII

EL MARQUÉS y ELVIRA desencajada y pálida

ELV ¿Adónde está?... ¡Siempre vos!
MARQ. Siempre, Elvira, ya lo ves;
siempre es tu sombra el Marqués.
ELV. Y yo siempre de él en pos.
¿Adónde Lanuza está?
¿adónde vuestra venganza
ha encerrado mi esperanza
y mi existencia quizá?
MARQ. Donde el sol nunca le vea;
donde á morir se dispone,
donde á mi amor no se opone,
donde mi dicha no crea.
ELV. ¡Ah! ¡Marqués, Marqués, piedad!
Si es de hombre ese corazón,
otorgadme su perdón,
volvedle su libertad.
¿Qué bienes os da su muerte
y su esclavitud qué gloria?
¿Qué dirá de vos la historia
si le matais de esa suerte?
MARQ. Dirá que es mi amor profundo,
que os amé con furia loca,
que por un sí de esa boca
os hubiera dado el mundo.
ELV. Basta... basta.. quiero verle;
quiero estrecharle en mis brazos
y ahogarle con mis abrazos
á la idea de perderle.
Sí, le amo, y mi pasión
será eterna, grande y pura
cual eterna mi amargura,
cual puro mi corazón.
¿Qué importa que vos, cruel,
le oculteis á mi mirada,
si no he de pensar en nada
mientras viva, más que en él?
MARQ. Es que ese amor... ese amor
que llenándome de agravios
se escapa de vuestros labios,
es su sentencia peor:

es que no tendreis la suerte
de que guarde su existencia;
no vais á llorar su ausencia,
que vais á llorar su muerte.

ELV. ¡Oh! ¡no hareis tal!... ¡no hareis tal,
ó moriré á vuestros pies!...
Piedad para mí, Marqués.

MARQ. Juan Lanuza es mi rival.

ELV. Pues que soy la causa yo
de vuestra infame porfía,
cortad la existencia mía,
pero su existencia no.

MARQ. Sólo hay un medio.

ELV. ¡Oh! ¡Cualquiera!...

MARQ. Para acallar mi coraje,
que me jure vasallaje,
que salga de Aragón fuera;
y en prüeba de que ha de hacer
cuanto mi mente le pida,
en rehenes de su vida
quedeis vos en mi poder.

ELV. ¡Yo! ¡Nunca!...

MARQ. Su muerte...

ELV. ¡Ah!
¿Qué es lo que quereis de mí?...

MARQ. Vuestro amor.

ELV. ¡Mi amor!

MARQ. ¡Oh! Sí.

ELV. Salvadle y vuestro será.

MARQ. ¡Cielos!

ELV. Sí, pero antes quiero
hablarle, verle...

MARQ. Está bien.
¡Vos me abrireis el Edén!...

ELV. Verle solamente espero.

MARQ. Aquí os volveré á buscar,
y á librarle ó á perderle.

ELV. Sí.

MARQ. Si lograis convencerle,
ved que se puede salvar.

ELV. (No puedo más...)

MARQ. Ya me voy;
(Seña al Carcelero para que abra la puerta.)
recordad...

ELV. Recuerdo.

MARQ. (Al cabo
triunfo... Elvira y él esclavo.)
(Vase por la puerta derecha.)
ELV. ¡Lanuza! (Grito desgarrador.)
LAN. (Idem saliendo de la puerta izquierda.)
¡Elvira!
ELV. Yo soy.

ESCENA IX

LANUZA y ELVIRA

LAN. ¿A qué has venido?
ELV. A partir
tu prisión y tu amargura;
á darte mi desventura,
á adorarte y á morir.
LAN. A mí solo me tocó
morir por mi santa enseña.
ELV. No es tu tumba tan pequeña
que no pueda caber yo...
LAN. No, Elvira; joven y bella
posible es, y en Dios me fundo,
en el camino del mundo
te alumbre mejor estrella.
ELV. Mátame si piensas tal.
¿Por quién he vivido yo?
¿quién mi alma á la dicha abrió?
¿quién realizó mi ideal?
¿Por quién, Lanuza, viví,
á quién entregué mi fe?...
¿Si tanto y tanto lloré,
ingrato, no fué por tí?...
¿Hubo acaso en mi memoria
otra ilusión algún día?
¿no forma la historia mía
parte de tu misma historia?
¿Si te estorba mi pasión
al morir con alma entera;
si quieres que no te quiera
arráncame el corazón.
LAN. Alma y vida de mi ser,
¿y he de abandonarte hoy,
y de tí á alejarme voy

para no volverte á ver?
No, que aun tengo confianza;
alienta, bien mío, alienta,
que á mis ojos se presenta
el fanal de la esperanza.
Oye... á las doce del día
debo en la plaza morir.

ELV. ¡Oh!

LAN. ¡Silencio! y al salir
por esta mansión sombría,
á la primer campanada
de las doce... se alza el grito
popular.

ELV. ¡Oh! ¡Dios bendito!

LAN. Y concluye la jornada.
Libre quedo, y con tu amor.
Me lo juró Gil de Mesa,
y si él dirige esta empresa
no abrigo ningún temor...
Haré mal en admitir
tal servicio acobardado,
pero estando tú á mi lado
tengo miedo de morir.

ELV. Pero .. y si el pueblo se tarda...
y si no acude al momento?...

LAN. Entonces muero contento
si su libertad le aguarda.

ELV. ¡No, es posible!... El Marqués
una condición ha puesto
á tu libertad.

LAN. ¿Qué es esto?...
¿Dónde?...

ELV. Aquí mismo á mis pies.
Yo por verte, consentí:
y huir ó morir es forzoso
antes que vuelva amoroso.

LAN. ¿A qué ha de volver?...

ELV. Por mí.

LAN. ¿Por tí?

ELV. Huye, Lanuza mío...
que apenas venga insolente,
de esta mujer inocente
abrazará el tronco frío:
la muerte me sabrá dar
su misma espada traidora,

ESCENA X

DICHOS y el CARCELERO

CARC. Las once son; una hora
os basta para escapar.
ELV. ¡Cómo!
CARC. Rogadle también
vos que le quereis sin duda:
venid, venid en mi ayuda.
ELV. ¡Lanuza! ¿escuchas? ..
LAN. ¿Y bien?
¿Sabes lo que ese mortal
me ofrece con tal nobleza?
CARC. ¡Oh, señora!. .
LAN. Su cabeza.
Yo no la acepto, no tal...
Dios en su santa clemencia
mi mala acción castigara.
CARC. Todo Aragón implorara
de Dios para vos clemencia.
ELV. Y pasa el tiempo...
LAN. Valor.
Un hora falta no más;
tal vez libre me verás.
CARC. (¡Entonces... Gracias, Señor!)
ELV. Pero exponerse á tal prueba
es luchar con el destino.
LAN. El abrirá mi camino
como alumbrármele deba.
ELV. Oigo pasos... ¡Ay de mí!
CARC. Si son las once no mas...
El Marquès...
LAN. ¿Adónde vas?
ELV. A tu lado... así. . así...
LAN. ¿Cómo faltarte ha de osar?. .
ELV. Sé mi escudo.
LAN. Lo seré.
ELV. ¡Tiemblo!
LAN. No tienes por qué.
ELV. ¡Dios mío!...
LAN. Dejadle entrar.

ESCENA XI

DICHOS y el MARQUÉS DE ALMENARA

LAN. ¿Qué buscais?
MARQ. Una promesa.
LAN. Ignoro cuál pueda ser,
mas si la hizo una mujer
cumplirla no me interesa.
MARQ. Vuestra vida en ella va
LAN. Mi vida tengo jugada,
y no ha de importarme nada
vida que jugada está.
MARQ. Elvira me prometió
ser mía si yo os perdono.
LAN. No será vuestra, y lo abono
no admitiendo el perdón yo.
MARQ. Morir quereis; vuestra estrella
osais hasta el fin probar;
mas yo os he de perdonar
si su palabra cumple ella.
LAN. Vuestro perdón no merezco;
ni le quiero, ni le imploro.
MARQ. Ella...
ELV. Yo... aun más que le adoro
Almenara, os aborrezco ..
MARQ. Mía sereis...
LAN. ¡Vive Dios!...
MARQ. ¡Que hoy el infierno os confunda
y en la eternidad os hunda!...
Yo os separaré á los dos.
Grande es mi poder, y grande
el odio que te he jurado:
tú mi esperanza has burlado ..
que Dios mi acción te demande.
Nadie por la plaza cruza,
y el pueblo esconde su frente...
un cadalso hay solamente.
Disponte á morir, Lanuza.
LAN. No es la hora.
MARQ. No lo ignora
quien su triunfo así alianza,

pero para mi venganza
cualquier hora es buena hora.
¡Hola!
(Aparecen cuatro soldados en la verja del fondo y cuatro en la puerta derecha. El Carcelero abre la verja del fondo.)

ELV. ¡Cielos!... ¡aguardad
que se cumpla la sentencia!...
¡no son las doce!...

LAN. (¡Prudencia,
Elvira!)

CARC. (¡Fatalidad!)

MARQ. Mucho en el retardo fías,
pues tanto morir te cuesta;
á morir antes te apresta.

ELV. (Adios, esperanzas mías.)
Marqués... aguardad ó herid.

LAN. Elvira, no ruegues más.

MARQ. ¿Quieres ser mía?

ELV. ¡Jamás!

MARQ. Terminó la odiosa lid. (Entran los soldados.)
Apartad á esa mujer.

LAN. ¡Cobarde!

ELV. ¡Piedad!... ¡perdón!...
¡es bronce tu corazón!...

CARC. (¡Y ya nada puedo hacer!)

MARQ. Lanuza... tu fin llegó: (Con horrible sarcasmo.)
ese cadalso que espera,
con la rebelión entera
de todo un pueblo acabó...
Del rey se opuso á la ley
y ahora la cabeza humilla,
que siempre hay una cuchilla
que haga obedecer al rey.
Dile á ese pueblo escondido
que á la rebelión se apreste:
siempre será su fin este,
que á ser esclavo á nacido.

LAN No, Almenara, nada importa
que un mártir un pueblo cuente;
ni que se alce de repente
el hacha que un cuello corta.
Donde una cabeza altiva
rueda entre su sangre ahogada,

justo es que la causa honrada
el nombre de un hombre escriba,
y ese nombre repetido
por tanto y tanto valiente
á la traición hace frente,
con su bandera esculpido.

MARQ. Con tu muerte, que deseas,
muere tu Patria y tu nombre.

LAN. ¡¡El verdugo mata al hombre
mas no mata las ideas!! ..
Más con el suplicio brilla
la idea en su sacrificio,
que la sangre de un patricio
es de libertad semilla.
Semilla de fruto en pos
que es fuerza que el viento arroje,
que la humanidad recoge
y que fecundiza Dios.

MARQ. No habrá muchos en verdad...

LAN. Pueblos enteros un día
ahogarán la tiranía
y alzarán la libertad.
Y en el libro de la historia,
siempre con sangre regado,
mi nombre estará estampado
en un rincón de su gloria.
Pueblos enteros después
seguirán por mi camino,
y enclavarán el destino
de su nación á sus pies.
Y no ignorarán jamás
nombre que en la gloria brilla. .
Pelayo, dirán, Padilla
y Juan Lanuza detrás.

MARQ. Basta, llevadle.

ELV. ¡Oh! ¡Perdón!

LAN. ¡Elvira!... Elvira adorada,
daré al pueblo mi mirada,
pero á tí mi corazón.

ELV. ¡Yo fallezco!...

MARQ Apartad vos.

LAN. ¡Basta, Elvira, Elvira mía!...

ELV. Lanuza... tu alma me envía.

(Cae anonadada en un taburete.)

LAN. Adiós para siempre... adiós.
Vamos... Pueblo aragonés,
que á verme morir no vas,
tarde, tarde llegarás,
mas para tí no lo es.
Sacude la vil cadena,
la altiva frente levanta,
y vé á segar la garganta
al hombre que me condena.
¡Padre de tu voluntad
cuenta te daré cumplida,
te doy tu espada y mi vida...
¡Aragón y Libertad!
(Salen todos por el foro, menos el Marqués y Elvira. El primero queda anonadado con las palabras de Lanuza. Elvira se levanta fuera de sí.)

ESCENA XII

EL MARQUÉS DE ALMENARA y ELVIRA

ELV. ¡Ah! ¿Qué es esto? ¡Atrás, atrás!
esas murallas abrid...
yo me lanzaré á la lid.
¡Oh! Lanuza, ¿dónde vas?..!
¡Cobardes!... Volvédmele,
(Con un delirio creciente.)
es mi tesoro, mi vida...
¿quién ha de haber que me impida
que mi existencia le dé?
¡Atrás, aborto espantoso
del averno... y del destino!
huye, asesino, asesino...
¡Abrid! abrid, es mi esposo...
es él... ¡y el pueblo no acude
hasta las doce!...
MARQ. Aun no son.
(El Carcelero abre la reja.)
ELV. ¡Ah! ¡Maldición! ¡maldición!
¡Y no hay nadie que me ayude!
Tu Elvira, tu Elvira soy:
¡no ves mi horrible tormento!
¡Aguarda, aguarda un momento,
que á morir contigo voy! (Se va por el foro.)

ESCENA XIII

EL MARQUÉS DE ALMENARA

¡Loca está!... ¡Llegará tarde!...
Ya al pie del cadalso llega...
Lanuza... ¿por qué se entrega
mi alma al estupor cobarde?
(Mirando por la reja y agitado por diversas sensaciones.)
¿No está allí mi triunfo? Sí.
¿No están mis celos? También.
Se apresta el verdugo... ¡bien!
Cuánto tardan... ¡ay de mí!
Llega Elvira... ¡suerte impía!
Alza el hacha con presteza...
¡Oh! ¡al rodar esa cabeza...
creí ver rodar la mía!...
(Suena el reloj de torre. En seguida se oye la campana de rebato. Murmullos crecientes.)
Las doce... ¡rumor horrible!

VOCES ¡Muera!...
MARQ. El pueblo se avalanza.
¡Oh! ¡Ya está muerto!...
VOCES ¡Venganza!
MARQ. ¡Cielos!... Huir no es posible.
Y vienen... ¿qué es lo que oí?...
VOCES ¡Venganza!
MARQ. ¡Oh fatalidad!

ESCENA ULTIMA

EL MARQUÉS DE ALMENARA, ELVIRA, GIL DE MESA, PUEBLO, etc., etc., etc. Por el foro Elvira, con la espada de Lanuza en la mano, seguida del pueblo y gritando. El Marqués quiere huir, y Gil de Mesa, que entra por la puerta de la derecha, le da de puñaladas

ELV. ¡Aragón y libertad!
GIL ¡Marqués, por él y por mí!
(El Marqués muere.—Cuadro.)

FIN DEL DRAMA

PUNTOS DE VENTA

En Madrid, en las librerías de los Sres. Hijos de do José Cuesta, D. Fernando Fé y Salón del *Heraldo*.

Los pedidos por mayor á casa del Editor, Columela, 15, 1.º

En Provincias, en las principales librerías, donde se facilitan Catálogos.